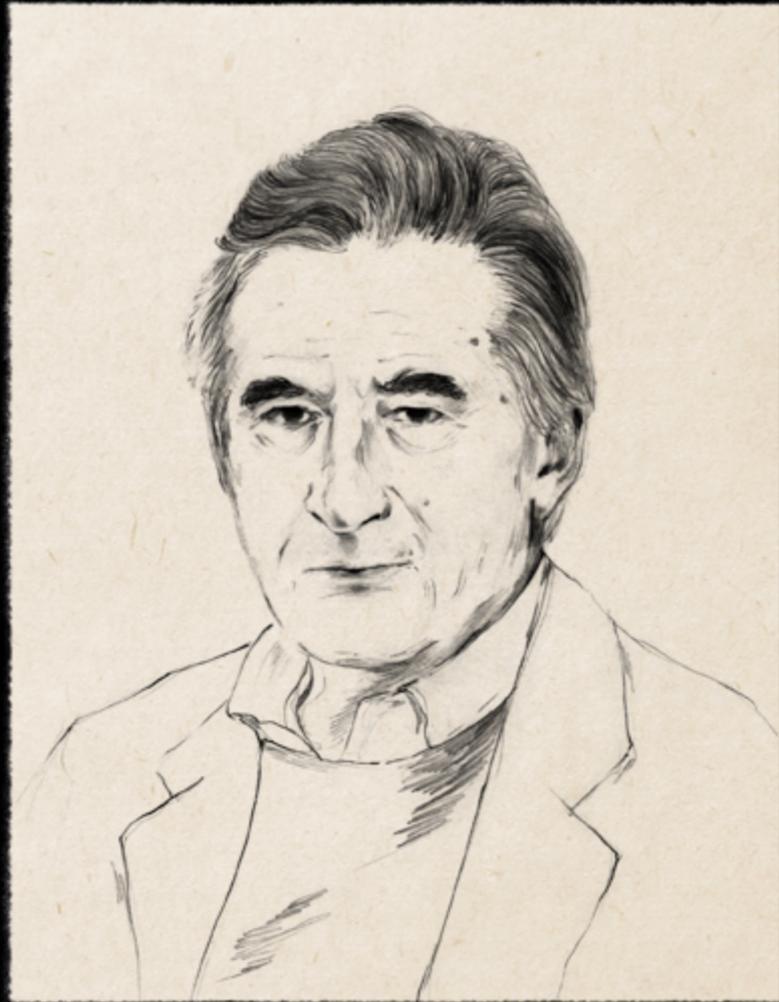


ANTONY BEEVOR



**LA SEGUNDA
GUERRA MUNDIAL**

UNA HISTORIA GRÁFICA

**Ilustraciones de
EUGÈNIA ANGLÈS**

**Adaptación de
GONZALO PONTÓN**

INTRODUCCIÓN

La historia no es nunca una sucesión de hechos inapelables y sistemáticos. Sir Michael Howard sostiene convincentemente que el ataque de Hitler a Francia y a Gran Bretaña en 1940 fue, en muchos sentidos, una extensión de la Primera Guerra Mundial. Gerhard Weinberg dice también que la contienda que empezó en Europa con la invasión de Polonia en 1939 fue el primer paso de Hitler para conseguir el *Lebensraum*, esto es, un «espacio vital», en el este. Ni que decir tiene que está en lo cierto, pero las revoluciones y conflictos internos que estallaron entre 1917 y 1939 introducen diversos factores que complican el panorama. Por ejemplo, muchos historiadores de izquierda creen que la Guerra Civil Española marcó el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, mientras que la derecha afirma que representó el primer enfrentamiento de una Tercera Guerra Mundial entre el comunismo y la «civilización occidental». Del mismo modo, los historiadores occidentales suelen pasar por alto el enfrentamiento chino-japonés de 1937-1945 y la manera en la que este quedó incluido en el marco de una ofensiva internacional. Por otro lado, en cambio, diversos historiadores asiáticos sostienen que la Segunda Guerra Mundial comenzó en 1931 con la invasión de Manchuria por parte de los japoneses.

Podemos dar vueltas y vueltas alrededor de todos estos argumentos, pero lo cierto es que la Segunda Guerra Mundial fue claramente una amalgama de conflictos. En su mayoría fueron conflictos entre naciones, pero la oposición entre la izquierda y la derecha de muchos países también influyó en ellos e incluso fue su factor principal. Por lo tanto, resulta primordial que, en retrospectiva, observemos algunas de las circunstancias que desencadenaron la contienda más cruel y destructora que haya conocido la humanidad.

En junio de 1944, un joven soldado «alemán» se rindió a los paracaidistas que llegaron a Normandía en el desembarco aliado. Al principio, por sus rasgos, creyeron que se trataba de un soldado japonés, pero el joven era en realidad coreano. Se llamaba Yang Kyoungjong.

En 1938, cuando Yang tenía dieciocho años, fue reclutado a la fuerza por los japoneses para su ejército del Kwantung, en Manchuria. Un año después, tras la batalla de Khalkhin-Gol, fue capturado por el Ejército Rojo y enviado a un campo de trabajo. En 1942, las autoridades militares soviéticas, necesitadas de todo el personal que pudieran encontrar, lo reclutaron, junto con miles de otros jóvenes, para sus fuerzas armadas. A principios de 1943 fue hecho prisionero por el ejército alemán en la batalla de Kharkov, en Ucrania. En 1944, ahora vistiendo el uniforme alemán, fue enviado a Francia para luchar en un *Ostbataillon* que debía reforzar el Muro Atlántico en la base de la península de Cotentin. Tras su paso por un campo de prisioneros británico, emigró a los Estados Unidos donde nunca reveló su pasado. Murió en Illinois en 1992.

En una guerra que costó la vida de más de sesenta millones de personas y que se había extendido por todo el globo terrestre, Yang, este veterano involuntario de los ejércitos japonés, soviético y alemán, fue relativamente afortunado. Su historia ilustra, sin embargo, la indefensión de la gente común ante fuerzas históricas apabullantes. La Segunda Guerra Mundial no fue un conflicto aislado. Fue una combinación de conflictos entre las naciones, pero también una guerra civil internacional entre izquierdas y derechas, entre dictaduras y democracias.

La extrema violencia y destrucción de la Revolución rusa y de la guerra civil que la siguió entre 1917 y 1921 polarizó la opinión política en toda Europa. Los amargados nacionalistas alemanes estaban convencidos de que judíos y comunistas eran los responsables del colapso y la derrota de su país en 1918. Alemania, empobrecida por la derrota en la Primera Guerra Mundial, que siempre había creído que iba a ganar, experimentó una hiperinflación galopante. La consiguiente depresión económica y el paro condujeron a batallas callejeras entre comunistas y nacionalsocialistas, y al surgimiento de Adolf Hitler.

La terrible experiencia de la Primera Guerra Mundial había dejado completamente exhaustas a Francia y Gran Bretaña. Los Estados Unidos, tras su contribución a la victoria frente a Alemania, se replegaron en su mundo. Europa central afrontaba las peores penurias de la derrota y Alemania, que no había sido vencida en el campo de batalla, creía haber sido «apuñalada por la espalda».

En septiembre de 1930, el Partido Nacional Socialista pasó del 2,5% de los votos al 18,3%, pero la derecha conservadora alemana creía poder manejar a Hitler como una marioneta populista que trabajara en su favor. Sin embargo, Hitler tenía su agenda propia: en 1933 fue nombrado canciller de Alemania y se dispuso a acabar con cualquier oposición. Hitler consiguió despertar los peores instintos en una gran parte de la población que, harta de las penalidades y del desorden, estaba dispuesta a seguir ciegamente al criminal más temerario que haya conocido el mundo. Las instituciones públicas —los tribunales, las universidades, el estado mayor del ejército, la prensa— se sometieron a los dictados del nuevo régimen. En cuanto este logró consolidar su poder a base de decretos y de encarcelamientos en masa, se volcó en acabar con las limitaciones impuestas por el tratado de Versalles. En 1935 se reinstauró el servicio militar obligatorio, se reconstituyó la flota de guerra y se creó la Luftwaffe. En marzo de 1936 tropas alemanas ocuparon Renania violando el tratado de Versalles. Ni Gran Bretaña ni Francia protestaron. Uno de los ejes de la política nacionalsocialista giraba en torno a los judíos, es decir, cómo conseguir que abandonaran Alemania; otro, cómo convertir Alemania en la potencia hegemónica de Europa. Hitler quería unificar Alemania y Austria, repatriar la población de habla germana que vivía al otro lado de la frontera del Reich y recuperar los territorios perdidos en el tratado de Versalles. Pero no solo eso: quería que toda la Europa central y los territorios de Rusia hasta el Volga quedaran integrados en el *Lebensraum* alemán, sobre todo el «granero» de Ucrania y el petróleo del este de Europa, imprescindibles para el progreso de Alemania. La población eslava sería reducida a la condición de siervos del Reich. Eso significaba la guerra contra la Unión Soviética, por lo que Hitler buscó un aliado en Japón, que preparaba una invasión de China desde la Manchuria anexionada por el Imperio japonés en 1931.

En noviembre de 1936, Alemania firmó el pacto anti-Comintern con Japón, la principal potencia militar de Asia. El conflicto chino-japonés es una pieza fundamental en el rompecabezas de la Segunda Guerra Mundial al que no siempre se ha prestado la debida atención. La ocupación de Manchuria, ahora Manchukuo, llevó allí a miles de campesinos nipones para apropiarse de las tierras chinas, que el gobierno japonés quería convertir en un granero para alimentar a sus súbditos.

El ejército de Kwantung, en Manchuria, fue ocupando y controlando la zona casi hasta las puertas de Beijing, con lo que el generalísimo Chiang Kai-shek, con sede en Nanjing, tuvo que ordenar la retirada de sus tropas.

El 7 de julio de 1937, los generales japoneses ordenaron un acto de provo-

cación en el Puente de Marco Polo a las afueras de Beijing al tiempo que aseguraban al emperador Hiro Hito que derrotarían a China en cuestión de pocos meses. Los refuerzos enviados desde Japón a China emprendieron una campaña de ocupación bajo la bandera del terror. Pero la guerra no terminó con una rápida victoria de Japón, como habían pronosticado los generales de Tokio, porque a la brutal violencia de los agresores se opuso la férrea voluntad de resistir de los agredidos.

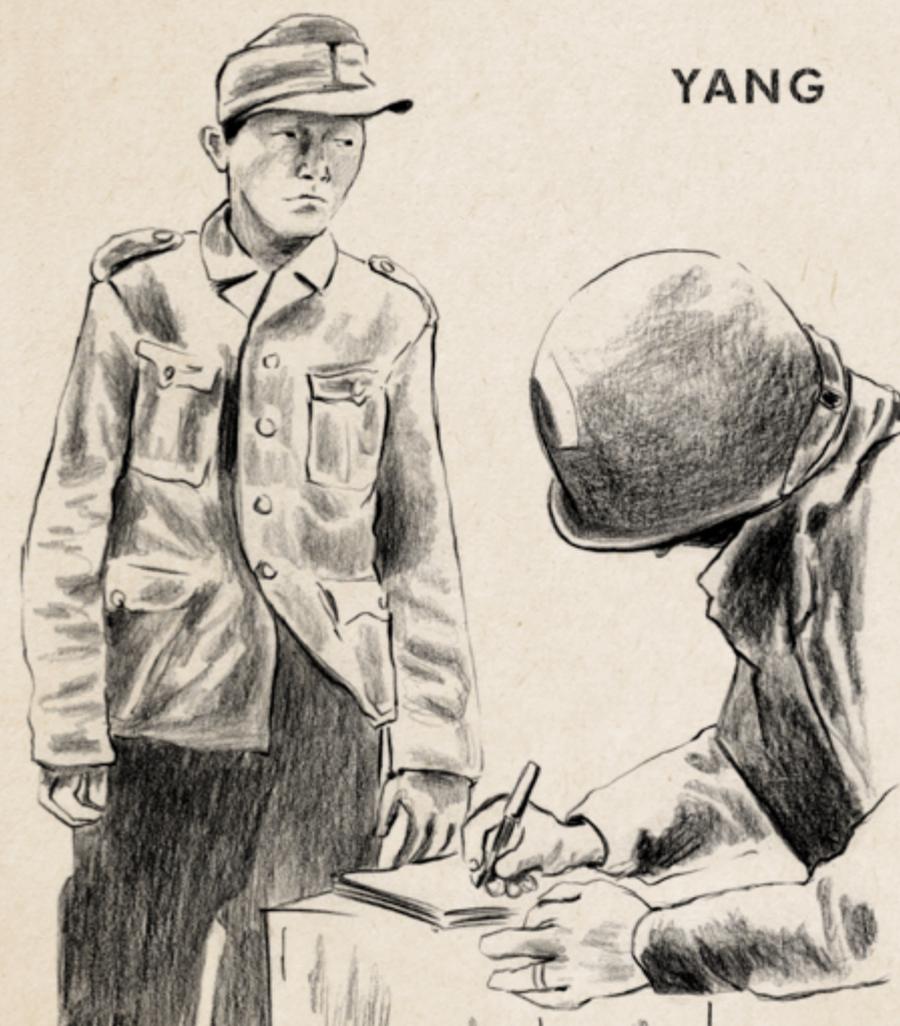
Algunos periodistas e intelectuales occidentales vieron una gran analogía entre esta guerra y la civil española. Ernest Hemingway, Robert Capa, W. H. Auden, Christopher Isherwood y otros testigos de la Guerra Civil Española viajaron a China y mostraron públicamente sus simpatías por la causa de este país. Algunos visitaron el cuartel general de los comunistas chinos en Yan'an para apoyar a las tropas de Mao Tse Tung, por más que Stalin apoyara a Chiang Kai-shek y al Kuomintang. Pero los gobiernos británico y estadounidense, de donde procedían la mayoría de visitantes, no estaban aún en condiciones de intervenir eficazmente en la contienda.

Ni en Gran Bretaña ni en Francia se concebía que una persona en su sano juicio pudiera querer otra guerra en Europa tras las terribles pérdidas de vidas humanas y la destrucción material. Pero Hitler y los nacionalistas alemanes estaban firmemente decididos a revertir la situación de 1918 y el tratado de Versalles. La Alemania nazi, ante la inacción de Gran Bretaña y Francia, decididas a toda costa a evitar una nueva guerra en Europa, se anexionó Austria en marzo de 1938 y, más tarde, en octubre de aquel mismo año, pretendió hacerlo también con Checoslovaquia, que tenía una importante población de origen alemán: los sudetes. Pero, para sorpresa de Hitler, los primeros ministros británico y francés, Neville Chamberlain y Édouard Daladier, le concedieron los sudetes ante el temor a que, por ellos, estallara otra guerra. El dirigente nazi pudo ocupar, así, tranquilamente, toda Checoslovaquia en marzo de 1939.

Ni el pueblo británico ni el francés estaban preparados psicológicamente para una nueva guerra, pero a partir de noviembre de 1938 empezaron a comprender cuál era la verdadera naturaleza del régimen hitleriano. Los camisas pardas nazis iniciaron un pogromo contra los judíos destrozando los escaparates de las tiendas y las ventanas de sus casas: la famosa *Kristallnacht*. Incendiaron sinagogas y empezaron a apalear y a asesinar judíos por las calles, ante la indiferencia de la población alemana. Esa indiferencia se convirtió en interés cuando una parte importante de la población tuvo ocasión de hacerse con las propiedades y los bienes incautados a los judíos. El 30 de enero de 1939, Hitler

pronunció un importante discurso en el Reichstag, el parlamento alemán. Declaró allí que él iba a resolver el «problema judío» y que, si la comunidad financiera judía internacional llevaba a las naciones europeas a otra guerra, la raza judía sería aniquilada en Europa.

La invasión hostil de Checoslovaquia había dejado a las claras la voluntad de Hitler de dominar Europa, una amenaza al *statu quo* que Gran Bretaña no podía permitir. Por otra parte, el pacto de Hitler con Stalin en agosto de 1939 vino a confirmar que Polonia iba a ser la siguiente víctima. Así fue, y ello supuso el estallido de la Segunda Guerra Mundial, que se extendió por todo el mundo para llevarse millones de vidas. Sin embargo, el primer enfrentamiento de la Segunda Guerra Mundial no se produjo en Polonia, sino en Extremo Oriente.



Índice

<i>Introducción</i>	7
I. EL ESTALLIDO DE LA GUERRA	13
II. LA DESTRUCCIÓN DE POLONIA	21
III. LA GUERRA DE INVIERNO	31
IV. EL DRAGÓN Y EL SOL NACIENTE	39
V. NORUEGA Y DINAMARCA	53
VI. LA OFENSIVA EN EL OESTE	63
VII. LA CAÍDA DE FRANCIA	89
VIII. LA OPERACIÓN LEÓN MARINO Y LA BATALLA DE INGLATERRA	101
IX. REPERCUSIONES	113
X. LOS BALCANES Y LA INVASIÓN DE CRETA	121
XI. ÁFRICA Y EL ATLÁNTICO	129
XII. OPERACIÓN BARBARROJA	139
XIII. RASSENKRIEG	155
XIV. LA BATALLA DE MOSCÚ	161
XV. PEARL HARBOR	175
XVI. LA BATALLA DE MIDWAY	187
XVII. OPERACIÓN AZUL	199
XVIII. STALINGRADO	211
XIX. LA BATALLA DE EL ALAMEIN	227
XX. LA OPERACIÓN TORCH	239
XXI. LOS BOMBARDEOS ESTRATÉGICOS ALIADOS	257
XXII. NUEVA BRETAÑA Y NUEVA GUINEA	275
XXIII. LA BATALLA DE KURSK	295
XXIV. LA CAMPAÑA DE SICILIA	315
XXV. LA SHOAH POR EL GAS	335
XXVI. ITALIA: EL VIENTRE DURO DE EUROPA	345

XXVII.	LA OFENSIVA SOVIÉTICA DE PRIMAVERA	353
XXVIII.	EL DÍA D	363
XXIX.	OPERACIÓN BAGRATION	389
XXX.	BERLÍN Y VARSOVIA	401
XXXI.	LA LIBERACIÓN DE PARÍS	411
XXXII.	ARNHEM Y AQUISGRÁN	423
XXXIII.	LA BATALLA DE LAS ARDENAS	433
XXXIV.	HUNGRÍA	445
XXXV.	DEL VÍSTULA AL ÓDER	453
XXXVI.	IWO JIMA, UN SÍMBOLO	461
XXXVII.	OKINAWA	471
XXXVIII.	LA CONFERENCIA DE YALTA	481
XXXIX.	EL BOMBARDEO DE DRESDE	485
XL.	LOS AMERICANOS EN EL ELBA	493
XLI.	LA OPERACIÓN BERLÍN	497
XLII.	CIUDADES DE LOS MUERTOS	517
XLIII.	BOMBAS ATÓMICAS SOBRE JAPÓN	521
XLIV.	EPÍLOGO	531